



Nicolás afirmó la postura, adelantó la pierna derecha...

Y luego un lamento tan hondo, tan hondo, que parecía que estaban desollando al cantor.

— ¡No, eso no, eso no! gritaban desaforados muchos charros... *Una mujer angustiada...*

Y la voz del ranchero, después de la *sinfonía* que entonó la música con toda solemnidad, cantó tierna y suavemente:

Una mujer angustiada
Llora por su prisionero:
Que le vuelvan á su hachero.
El de blusa colorada.

— ¡Bueno, bueno! gritaron todos aplaudiendo.

— Este Gumersindo, ¡qué voz tiene tan chula!

— ¡Bendita la alma que le parió!

Pero la música había cesado por orden de Nicolás, y tras la interrupción preludeó un jarabe lleno de alegría. Levantóse el coronel y frente á él colocóse Macedonia, cogiéndose con las manos la falda de linón, sonriéndose con los labios bermejos y carnosos, sudosa la faz, abiertas las ventanas de la nariz y el peinado en desorden. Nicolás afirmó la postura, adelantó la pierna derecha, afianzó la izquierda, se puso al hombro un joronguillo, se caló el sombrero, se apretó el barboquejo y aguardó el momento de la entrada. El entusiasmo ya no tuvo límites.

— ¡Viva Tlálpam!

— ¡Viva Taretán!

— ¡Aquí va lo bueno!

El baile empezó primero pausado, tranquilo, casi cortesano; á poco se enardecieron los ánimos y Nicolás empezó á acercarse á Macedonia. La ninfa huía, se alejaba sonriente, alegre, voluptuosa, pero dispuesta á dejarse coger como la Galatea clásica. Un buen rato hombre y mujer parecían olvidarse el uno del otro; él zapateaba de lo lindo en el entarimado; ella describía mil rúbricas con sus piecitos enanos, calzados con media de la patente y zapato de raso verde. De repente recordaba ella que tenía un rival á quien vencer y á quien humillar: se le acercaba, rozaba con los salientes de su cuerpo el cuerpo del bailarín, le llamaba, le acariciaba, le hacía una *mudanza licenciosa*; mas cuando él acudía sediento de amor, ella se alejaba meneando los pies con gran prisa, bajando los ojos, dejando caer las manos y deteniendo el aliento; y cuando él se alejaba como desesperado y triste, ella sin falta acudía á provocarle. La concurrencia, sentada *more turquesco* al lado de la tabla, entendía por modo maravilloso lo que significaban aquellas evoluciones y las aplaudía con entusiasmo; pero cuando rugía de deseo, de hambre carnal, de pasión de bestia lasciva, era cuando las puntas del *fondo* de la Macedonia azotaban la cara de los que estaban en cuclillas, llevándoles á la nariz aquel *odore di femina* que les volvía locos.

— ¡Eso es bueno!

— ¡Más arriba... está el paso!

— ¡Toda l'agua, regadores!

— ¡Cócono!...

— ¡Palomo!...

— ¡No, cócono!...

La música varió de son, siguió el baile, la muchacha se puso en la cabeza el sombrero que había echado Nicolás á sus pies y se acurrucó en el suelo como gallina que espera la visita del macho. Aquello fué el disloque, el acabóse, el no hay más allá. Tres ó cuatro chinacos virtieron á los pies de la bailarina sendas botellas de aguardiente saturando el aire, ya bastante cargado, con átomos de polvo y de sudor, con el aroma del alcohol.

— ¡Ujúj!...

— No le echés en el zagalejo.

— Al cabo no es mancha.

Nicolás no escuchaba cosa; seguía bailando, y al acercarse á Macedonia naturalmente alzó la pierna derecha mientras que marcaba el paso con la otra: Macedonia se acurrucó tímidamente y quedó en el suelo como postrada.

— ¡Quiquiriquí!...

— ¡Cristo nació!...

— ¡En Belén!...

— ¡Gordo, gordo, gordo!...

El coronel repitió la maniobra tres ó cuatro veces; pero en una de ellas, queriendo marcar el paso desvió el pie, no pudo valerse con el otro y cayó al suelo.

— ¡Arriba, arriba! gritaron los entusiastas.

— ¡Se le subió el *tuxca*!

— ¡Se le bajó!...

No era nada de eso; Nicolás no se levantaba, y cuando acudieron á moverle lanzó un lamento prolongado que le salió del alma.

— Se torció el pie.

— ¡Ah, qué tarugada!

— Échenle un zarape.

— No le dé aire.

Le cubrieron la cara con un poncho tricolor, le llevaron á una troje cercana, y á poco volvieron desconsolados á dar el parte facultativo al numeroso público que aguardaba.

— Está malo el coronel.

— No es nada.

— Tiene salido el cochezuelo.

— No es el *cochezuelo*; es este huesito de la garganta del pie...

— ¡Ah, sí, el *calcañar*!...

— No es cosa grave.

— Pero no podrá montar á caballo en muchos días.

— ¡Qué tanteada!

Y todo el mundo se alejó cabizbajo. Los *maistritos* de la música, que habían estado bebiendo sus copas mientras el punto se decidía, se marcharon llevándose á cues-

tas el arpa grande, que en el campo obscuro parecía un cadáver conducido en un ataúd improvisado.

Nicolás no pegó los ojos en toda la noche; á ratos se excitaba, á ratos se reía; unas veces creía que iban á cogerle así, inerme y triste, otras que ya podría montar á caballo al día siguiente. Como á las cuatro de la madrugada llegó el *componedor* más afamado de los contornos, intentó reducir la luxación, pero no consiguió nada.

— Está todavía fresca; hay que esperar que se *orie*...

Pero mientras se oreaba llegó á inflamarse extraordinariamente el miembro, y el enfermo no tenía reposo. El algebrista de nuevo tentó el arreglo por la tarde, pero todo fué inútil; al día siguiente aseguró que los huesos estaban en su sitio; pero probablemente no era cierto, pues la inflamación y los dolores no cesaban un punto.

— No te me apartes, gabachito; me gusta verte cuando me dan esas *juzgoneadas*... Cúrame tú, porque cuando otros me jalan la pata me duele hasta el alma: tú pareces mujer, ó por lo menos tienes manitas de dama; como no has hecho oficios de hombre...

Yo mudaba los paños con aguardiente alcanforado, sostenía los pasos vacilantes del coronel y le acompañaba en sus horas de murria y de aislamiento.

Uno de aquellos días le referí con muchos detalles todo lo que había visto en la cueva de Lanuza. Nicolás me oyó con suma atención y comentó la noticia diciéndome:

— Pues mira, que no eres el primero que me habla de eso; pero la verdad es que yo no lo creía, porque nadie me aseguraba haberlo visto... Ahora que tú me das santo y seña, ya no me cabe duda. Luego que me quiten la *bilma* que tengo en la pierna nos plantamos allá, y aunque sea necesario registrar cielo y tierra, hemos de sacar á esos desgraciados y nos les hemos de traer acá. Ya verás cómo lo gramos todo y cómo tú nos sirves de guía. ¿Qué te parece?

El grueso de la gente se había estacionado á tres leguas de Papasindan y sólo cuarenta ó cincuenta estábamos con Nicolás. Una mañana, cuando nos creíamos á salvo de cualquier sorpresa, el coronel salió resuelto á montar á caballo. Cogió el bastón, anduvo un poco, pero pronto tuvo que declararse vencido.

— No puedo, muchacho, no puedo; parece que me tronchan con hacha la garganta del pie. ¡Qué tanteada; ni quién se figurara esto!... Pero yo hago la tiente á ver si subo... No, imposible... ¡Quién sabe para cuántos días tenga!...

Y se sentó de golpe en la silla, con la cara morena perlada de sudor y el aspecto de desaliento en toda su persona. De repente se escuchó un ruido de caballos y Nicolás se puso en pie, luego sonó un tiro y después un clarín que tocaba el ataque.

— ¡Nos fregaron! gritó pálido de ira... ¡Táreme mi caballo, que á mí no me cogen!

Pero el caballo, ni oído ni visto; había desaparecido lo mismo que el soldado que lo llevaba del diestro. Cuando volví, ya no estaba Romero donde le había dejado y en cambio estaban más de quinientos jinetes franceses y mexicanos que herían y destrozaban á cuantos querían defenderse. Varios de los de la escolta se parapetaron en un cuarto, otros consiguieron huir, dos ó tres hicieron frente, machete en mano, á los que se acercaban; pero á todos los arrolló la furia de los malditos jinetes. No duraría diez minutos la escaramuza; á poco se veía el suelo cubierto de muertos y de heridos, de caballos azorados corriendo con el freno y las monturas por el suelo y de armas rotas y diseminadas. Pero dominaba el rumor de la contienda, el eco de los tiros, las voces de los vencedores y los lamentos de los heridos una pregunta que se condensaba en otras mil:

— ¿Y Romero?

— ¿Dónde está Romero?

— ¿Quién ha visto á Nicolás?

— De nada sirve esto si no cogemos al jefe.

— Búsquenlo, que no ha de ser ojo de hormiga.

— Se escapó.

— No puede haberse escapado: estaba herido.

— No estaba herido, sólo tenía una pierna dislocada.

— Pues hay que hallarle muerto ó vivo.

No tardó en sosegar el estrépito; salieron y vol-

vieron los que buscaban á Nicolás, cesaron las investigaciones en los alrededores y cada quien se dispuso á descansar echado tranquilamente á la vera de los muros del rancho: los prisioneros estaban bien seguros.

Nadie había reparado en mí; pero cuando cesó la confusión, un zuavo se me dirigió resueltamente:

— ¿Y tú quién eres?

— Michel Van Haens.

— ¿Belga?

— De Audenarde.

— Ven conmigo.

Me llevó á la presencia de un oficial de cuarenta años, alto, serio, de ojos impasibles y de piocha napoleónica.

— ¿Sabes dónde esté Romero?

— No, mi coronel.

— ¿Le conoces?

— Poco, mi coronel.

— ¿No eras prisionero suyo?

— Sí, mi coronel; pero apenas le vi una ó dos veces.

— Ten cuidado, que ya sé que tus paisanos, al desertarse, forman parte de las gavillas de chinacos.

— Yo no, mi coronel.

— Retírate.

Salí á reunirme con los zuavos que ya empezaban á preparar su comida. Hay que decir, en abono de la inteligencia y de la adaptabilidad de los zuavos, que no había

cuadrúpedo, bípedo, pescado, marisco ó cualesquiera otra clase de animalías, lo mismo que producto industrial ó de la tierra, que no aceptaran como la mejor de las viandas. Creían tal vez que el toque del guiso estaba en el condimento, y no se curaban de la materia prima si había agua limpia, buen fuego y marmita capaz. Por eso no despreciaban cerdos, guajolotes, gallinas, maíz, manteca y hasta perros y gatos.

Cantaban los zuavos mientras se cocía la sopa, cuando vieron pasar un gallo *búlique*, cresta rosa, espolones crecidos y ademán provocador. Se detuvo ante los franceses, echó una mirada en derredor, sacudió las alas y lanzó un canto que parecía un reto. Un zuavo se levantó queriendo coger al animal, pero el cresta rosa emprendió la carrera tratando de evitar su destino manifiesto, que consistía en ser guisado en salsa y comido en buena compañía.

— ¡Bravo, Morín!

— No lo coge.

— ¡Maldito animal, qué bien corre!

— Síguelo, Morín.

— Ya se le fué.

Vimos aparecer y desaparecer al perseguidor y al perseguido; oímos un cacareo y un grito de gozo; nos deslumbró un instante el calzón colorado de Morín, y al fin escuchamos una voz:

— ¡Vengan, vengan!... ¡Aquí hay un hombre!

No sé cómo pensé que el descubierto era Nicolás, á quien me figuraba muy lejos de allí hasta hacía un rato.



— ¿Quién es? ¿quién es? decían los zuavos andando á toda prisa.

— Un chinaco, un mexicano.

— Pues intímale que baje.

— Baje usted en seguida.

— Dispárale.

— Baje en seguida, ó disparo.

Cuando atravesé un pedregalillo vi á Nicolás al pie de un chaparro muy espeso. Estaba con su vestido negro de tricot, su sombrero *de cartera*, el pie enfermo levantado en alto y la fisonomía serena y sin mudanza: sólo se le notaba la agitación que debe de haberle poseído, por una ligera palidez que permitía ver claramente una cicatriz que el preso tenía en el carrillo izquierdo.

— ¿Quién es usted? gritaban los franceses.

— Es un *zarragoza*.

— Es un chinaco.

— ¡Muerte á él!

— ¡A la zahurda, con los otros prisioneros!

— ¡Hay que llevarle al coronel!

— ¿Qué gana el coronel con echarse al rostro esta linda figura?

— ¿Quién es usted?

— Responda ó le pego, dijo uno alzando la mano.

— El belga le ha de conocer.

— Di quién sea éste.

— Sí, dínoslo, ó creeremos que no eras prisionero de los chinacos, sino aliado suyo.

— ¿Es un jefe?

— ¿Es jefe de importancia?

— ¿Es Régules?

— ¿Es Riva Palacio?

— ¿Es Salazar?

Yo estaba callada y no hacía más que ver sucesivamente á Romero y á los aprehensores, sin atreverme á afirmar ni á negar.

— Di lo que se te pregunta, gritó un sargentón de malos modos, poniéndome una mano en el rostro.

— Le conoce.

— Se ve que le conoce.

— ¡Ah, infame! ¡estás de acuerdo con estos bribones!

— Y tan de acuerdo; se han hecho una seña de inteligencia.

— ¿Quién es, eh?

— Ha de ser algún chinaco insignificante.

Nicolás, que ya estaba molesto más por lo que á mí se refería que por lo que le tocaba á él, hizo una seña de impaciencia y gritó con voz de trueno:

— Basta, hombre, no molesten más al pobre muchacho: soy Nicolás Romero.

— ¡Nicolás Romero!

— ¡El león de las montañas!

— ¡El león cojo y sin garras!

— ¡Viva Francia!

— Buena presa.

— Buena captura.

— A presentárselo al coronel.

— Llémosle con De Portier.

— ¿No eras invencible, bellaco? gritó ebrio de satisfacción el sargento barbudo que había tratado de pegarme en el rostro.

— Ya aprenderás á burlarte de los nuestros.

— Ya sabrás lo que es meterse con franceses.

Nicolás oía sereno toda aquella andanada; echó á andar en dirección á la casa del rancho, y aunque trataba de aligerar y hacer gallardo el paso, se le conocía la cojera más que nunca. Me le acerqué, y apoyado en mi hombro anduvo el trecho que le separaba de De Potier.

No hay palabras con que pintar el gozo del coronel. Se rió con risa de chacal, se acarició las barbas y cuando le hablé para suplicarle me consintiera venir á México para influir en favor de Nicolás, que me había tratado con cariño y bondad nunca vistos, me miró al rostro y me escupió estas palabras:

— Ya sé que, por lo menos en este maldito país, belga y traidor son sinónimos y palabras inseparables. No me pidas permiso para defender á este bandido, porque ni habías de conseguir nada ni te dejaría hacerlo. Conténtate con que no te envíe á un consejo de guerra, sino que te lleve á Morelia para que te incorpores con los tuyos... Vigíla-me á éste, le ordenó al zuavo de mal genio; ya diré qué se ha de hacer con él.